

Fernando Carmona de la Peña Maestro Emérito de Nuestra Universidad*

Cuando una institución de cultura, de antigüedad y calidades de la nuestra, declara emérito a uno de sus miembros, no realiza una acción de simple premiación; ello sería intrascendente por más que obedeciera a la justicia.

Lo sustancial de tal declaración, a mi entender, es que es una expresión de su vitalidad: no sólo reconoce como suya a una persona, sino que quiere ser reconocida en ella; es, por tanto, manifestación pública de una orgullosa relación filial dada por la adopción o por la maternidad intelectuales.

Es así que nuestra universidad incorpora nombres, por sí mismos destacados por obras constantes, valiosas y animadas por el amor a la ciencia y a la cultura —a la verdad y al hombre— a una estirpe de genuina nobleza.

Reconocimientos en esencia; pero también señalamientos. Señalamientos que son convocatorias a los miembros del claustro a acercarse a ellos y sumergirse y abreviar en sus caudales para inspirarse, para aprender y para emular. En resumen: para continuar la tarea común desde los mayores niveles alcanzados. Pero también convocatorias a los de afuera de los recintos académicos a beneficiarse de lo que regalan generosamente. Y al decir generosamente, no me

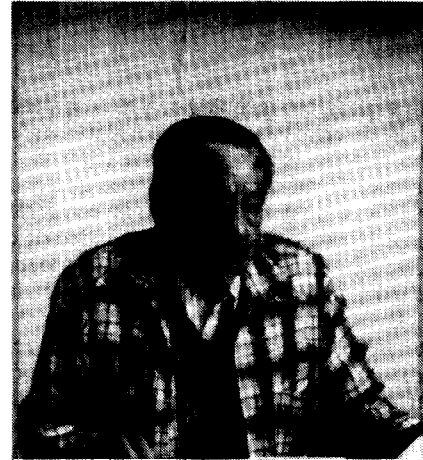
refiero sólo al desprendimiento de aquello en que son abundantes: conocimientos y talento, sino al desdén por el bienestar propio para mejorar la situación y condición ajenas.

Nuestra profesión es afortunada en tanto que cuenta con varios eméritos, y no sólo maestros sino también investigadores. Tres de ellos de declaración reciente pero de muy anterior mérito: Ricardo Torres Gaitán, José Luis Ceceña Gámez y Fernando Carmona. De éste último se me ha pedido que haga referencia, lo cual tomo como una feliz oportunidad, aunque lamentando y preocupándome mucho por tener que ser breve.

La Universidad Nacional Autónoma de México ha distinguido a Fernando Carmona de la Peña y, con ello, la institución aumenta su lustre con lo que él ha hecho en su vida y con lo que ella le dio y le encomendó.

Por principio de cuentas, fue un excelente alumno en la Escuela Nacional de Economía de esta Universidad; en ella se le calificó como economista hace muchos años, y esto de ser declarado economista por aquella escuela, no era cosa de pruebas fáciles, no sólo en lo académico por el nivel de exigencia, sino en lo moral: había que demostrar capacidad ante los profesores y aceptar, ante los maestros, el compromiso de luchar por introducir la ética y el patriotismo en la política económica.

Fernando Carmona no sólo pasó todas las pruebas de competencia —y las pasaría hoy aún más exigentes— sino que fue y sigue siendo leal al compromiso, tal



como nos lo muestran sus afanes actuales que, por muchos años, han sido los mismos: la aplicación de su saber y leal entender al servicio del país y de sus grandes grupos sociales rezagados y humillados.

Hay dos constantes que han configurado e integran esta personalidad universitaria: una prolongada y paciente actividad en favor de sus alumnos, de sus ayudantes y de la Universidad misma, desplegada desde las aulas, en el cubículo y en la Dirección del Instituto de Investigaciones Económicas, así como en los órganos de gobierno universitarios y, por otra parte, una constante afinación del pensamiento por el estudio y la observación de la realidad, que se nos revela en sus libros, ensayos, artículos y conferencias.

Pero la inquietud de Fernando Carmona no es sólo nacional y universitaria, sino también universal. Y es con esta vocación, bien atendida y generosa y valientemente desembocada por él, que se sublima su postura ante la vida y en el ejercicio de la profesión.

Es, por todo lo anterior, que Carmona de la Peña no es un hombre que, por curioso, resulta científico ni, por estudioso de manuales, sea experto en aconsejar como resolver coyunturas que preocupan a los que quieren que las cosas, tal cual son, persistan. El estudia, escribe, habla y actúa para el cambio de la situación y destino de la humanidad; de la humanidad que habita nuestro país y de la que puebla a otros países atrasados, injustos y explotados.

Felicitemos pues a la Universidad y a él. Y felicitemos también nosotros.

* Elaborado por Benito Rey Romay, Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.